CAPÍTULO XII.

PROMETEO.

Culpa de Prometeo. — El mito de Prometeo segun los autores naturalistas. — El *pramantha*. — Suplicio de Prometeo. — Relaciones entre este mito y el de Hefestos. — Teorías de los filósofos sobre el orígen del fuego y del rayo. — Prometeo en la poesía griega. — Las tres tragedias de Esquilo. — Citas tomadas de las mismas. — Profecía de Prometeo. — Interpretacion de la misma. — Libertad de Prometeo. — Foroneo. — Su leyenda. — Los Cabiros. — Sus caracteres. — Orígen de su culto. — Trinidad cabírica. — La isla de Samotracia. — Sus misterios. — Los Telchinos. — Sus inventos. — Su funesto influjo. — Su principal carácter. — Los Dáctilos. — Incendio del monte Ida. — Fin del mundo por el fuego.

El Titan á quien hemos visto criar el primer hombre y en castigo de su soberbia ser encadenado por Júpiter en la cumbre del Cáucaso, hemos de considerarlo aquí como uno de los genios ó divinidades del fuego. Su leyenda, análoga en cierta manera á la de Hefestos, corresponde sin duda á una clase de impresiones semejantes, aunque no idénticas, y va dirigida entre grandes incoherencias, entre muchas cosas vagas y extrañas, entre para nosotros inexplicables vuelos de la fantasía, á referir la triste y sublime historia del primer pecado, de la caida de la humanidad en la persona del primer hombre y de su eterna esperanza en un Libertador.

A la vista está que la fábula de Pandora, en su lugar referida, y la de Prometeo, explicada en su primera parte, no son más que copias degeneradas de la historia del pecado original contada por el Génesis con sublime sencillez. Corrupcion de esta son ámbas, y bien hizo Hesiodo al advertir que las Musas, que, segun él, se las habían revelado, «le habían contado muchas falsedades, muy semejantes, empero, á verdades.» Prometeo, personificacion de la humanidad, quiso robar al Cielo su secreto: esta fué su culpa. Ciego el hombre, ofuscadas como estaban las grandes tradiciones de la revelacion primera, expresó el atentado con la idea del fuego, y de ella pasó á la creencia de ser Prometeo el inventor del mismo fuego, á la de deberse á su industria el descubrimiento del primer elemento con que había el hombre de dominar á la naturaleza.

Los autores que, adoptando el absurdo de que fué el descreido Lucrecio uno de los más ardientes propagadores, suponen haber sido el principio del linaje humano el miserabilísimo estado salvaje, hacen datar su nueva existencia del dia en que se vió brotar la primera chispa del frote de dos palos ó de las venas de un pedernal. Desde entónces, dicen, los frutos crudos y la carne sangrienta dejaron de ser para el hombre el único alimento, las familias (si familias había) abandonaron las cuevas que les servian de abrigo y construyéronse las primeras casas; la humanidad no se vió ya reducida á disputar la vida y la tierra á los animales fieros, descubrió los metales y con el fuego los elaboró, y estuvo, en una palabra, en la vía de toda clase de industrias y del infinito progreso. ¿Cómo, pues, no habían de experimentar los hombres viva gratitud y religioso respeto hacia el elemento que fuera la base de su bienestar primero? ¿Cómo no habían de maravillarse á la vista de aquel sér misterioso que podían á su capricho producir, y que, apénas nacido, crecía y se extendia con fuerza irresistible?

¿Cómo concebir aquella terrestre llama sino dándole naturaleza igual á la que desde lo alto les enviaba su luz y su calor, ó los aterrorizaba en el rayo? Su orígen había de ser el mismo; si su fuente estaba en el cielo, es claro que hubo en algun tiempo de ser traida á la tierra, y siendo así, ¿quién fué el genio poderoso y benéfico, hombre ó dios, que realizó su conquista? Estos problemas que se suponen haber excitado desde un principio la curiosidad de los Aryas, se resolvieron en el mito de Prometeo.

Puestos en esta via, en la que ha de encontrarse, como en todas las interpretaciones exclusivamente naturalistas, alguna verdad con gran copia de errores y de fantásticas y hasta pueriles invenciones, échanse á discurrir sobre la explicacion del nombre de Prometeo, y en vez de ver en él la expresion de «hombre que prevé,» lo consideran como equivalente de la forma sanscrita *pramathyus*, derivada de la palabra *pramantha*, que segun ellos significa «el que obtiene fuego por medio del frote,» en lo cual ven una confirmacion del primitivo recurso á que creen haber debido los hombres el descubrimiento del fuego. «Consiste este recurso, usado aún en la India para encender la llama del sacrificio y descrito al por menor en las Sutras védicas, en hacer girar con rapidez un palo en un agujero abierto en una tabla. El rozamiento desarrolla un calor intenso y acaba por poner en combustion los elementos leñosos en contacto. No es de continua rotacion el movimiento impreso al palo; sino una série de vueltas ora en un sentido ora en el opuesto, por medio de una cuerda atada al mismo; el que opera tiene un extremo de aquella en cada mano y tira de ellos y los afloja alternativamente con violentas sacudidas... Las piezas de este instrumento tienen cada una su nombre en sanscrito: el palo que gira se llama *pramantha;* el disco ó tabla que lo recibe, *arani*.» M. F. Baudry).

Prometeo, segun esta explicacion, fué concebido en principio como el inventor del fuego por medio del *pramantha*, ó como un *pramantha* animado y divino, y á éste su atributo esencial corresponde, segun observa A. Kuhn, la caña que sirvió al héroe griego para ocultar el fuego divino, manteniéndolo dentro de ella durante su viaje por medio de la materia de que aquella estaba formada, semejante á la yesca. Entre los Griegos, ya lo hemos dicho, Prometeo fué hijo del Titan Jafet y de la oceánide Ásia; despues de haber querido burlar á Zeus en un sacrificio, arrebató una chispa del celeste fuego, ya en las fraguas de Lemnos, ya en el mismo disco del sol. «El prudente hijo de Jafet burló á Júpiter arrebatando y ocultando en el hueco de una caña el fuego infatigable de deslumbrante esplendor.» (Hesiodo). No explica el texto hesiódico cómo fué realizado el hurto, pero tradiciones posteriores acreditaron las dos expresadas versiones. Por tal delito, por la conquista realizada á pesar de la voluntad de Zeus, ha de pasar el culpable por dolorosa expiacion: Prometeo, perteneciente á la estirpe de los Titanes rebelados contra los dioses y precipitados al Tártaro; Prometeo, que como ellos es un genio del mal, es condenado á padecer pena eterna y cruel. Con inquebrantables cadenas fué atado á un pilar, segun el relato de Hesiodo, ó en la cumbre de un monte de Escitia, á creer la tradicion probablemente originaria del propio país, que fué la adoptada por Esquilo. Encadenado allí por Hermes ó por Hefestos, ayudado por los titanes Cratos y Bia, un buitre colosal, nacido de Tifon y Echidna, había de devorar perpétuamente sus inacabables entrañas, ó por espacio de treinta mil años, dicen algunos autores, ya que cuanto la fiera devoraba durante el dia otro tanto renacía durante la noche. Pero el horrible castigo tuvo término, y llegó un dia en que aplacada la cólera de Zeus, consintió éste en la libertad de la víctima.

Tradiciones hay que dicen haber nacido Prometeo de Temis y tambien de la oceánide Climene. Segun Apolodoro, él y no Vulcano fué el que abrió de un hachazo la cabeza de Júpiter para dar paso á Minerva.

Eliminando del mito de Prometeo sus ideas morales, que son las que le imprimen elevado carácter, y ateniéndose á la letra de su fantástica leyenda, preséntase el Titan como un genio del fuego al que los dioses imponen temporal castigo, á quien encadenan para darle despues libertad. En estos términos generales ofrece cierta semejanza con la leyenda de Hefestos, el cual incurre igualmente en el divino enojo, sufre una pena, y no es llamado al olímpico recinto hasta transcurrido algun tiempo. «Ambos mitos, dicen los intérpretes, han de referirse á fenómenos de igual clase, y por lo mismo Prometeo y Hefestos fueron séres divinos de igual naturaleza. Si el último, como celeste herrero, clava al Titan en la peña, no cumple de buen grado la voluntad irresistible del señor del cielo, ántes bien en la tragedia de Esquilo manifiesta su pesar por ser instrumento de tal violencia contra un dios *de su misma prosapia*. En las mitológicas tradiciones una misma funcion es atribuida indistintamente á Hefestos y á Prometeo, y así vemos que es ora el uno, ora el otro el que hiende de un hachazo la cabeza á Zeus para producir á Atena. La memoria de su afinidad primitiva habíase fielmente conservado en el culto ático, y era de ello testimonio el altar que tenían en comun y la union de sus dos estatuas en los vergeles de la Academia sobre un mismo pedestal. Ahora bien, siendo Hefestos ante todo la divinidad del fuego celeste, su íntimo parentesco con Prometeo podría inducir á ver en éste igual significacion ántes que su papel fuese ampliado al de bienhechor de los hombres á quienes dió la olímpica centella, resultando de ahí que el encadenamiento del Titan y su libertad son expresiones mitológicas que reciben su explicacion del espectáculo que ofrece en el cielo la accion intermitente del fuego. Así podían aplicarse al sol que encadenado durante la noche no recobra

la libertad hasta la siguiente aurora, como al propio astro al atravesar la nube que ha contenido por algun tiempo su fuerza, como finalmente al fuego del rayo que se desprende con estrépito de las ataduras de su celeste cárcel. Esta última hipótesis es la que cuenta con mayor número de parciales. Siendo el fuego por el hombre usado producto del roce del *pramantha* con el *arani*, hubieron los Aryas de suponer que el fuego celeste reconocía igual causa, é imaginaron que una divinidad armada con el *pramantha*, ó un *pramantha* divino, se entregaba en el seno de las nubes á una frotacion violenta de la cual era resultado el rayo.» (Ad. Kuhn).

«Opinion es ésta, dice otro autor, que adquiere alto grado de probabilidad al cotejarla con la que profesaban los filósofos griegos sobre la causa de aquel fenómeno meteorológico. Á lo que Plutarco asegura, creían los estóicos ser el trueno resultado de una lucha entre las nubes y producto el rayo de su rozamiento. Aristóteles tenía á éste por efecto del roce de las nubes entre sí. ¿Qué era, pues, semejante teoría sino la traduccion erudita de la opinion vulgar sobre el orígen del fuego? El filósofo Séneca, seguidor de la escuela estóica, lo dice explícitamente.—Puédese producir el fuego por el rozamiento, por ejemplo frotando por largo tiempo uno contra otro dos pedazos de madera; no todos los árboles son á propósito para este objeto, ántes bien es preciso elegir para ello los indicados para el caso, como son la higuera, el laurel, la hiedra y otros conocidos por los pastores. Posible es, por lo tanto, que las nubes produzcan el fuego por un medio igual ó semejante, por efecto de percusion ó de frotamiento.—Las plantas ántes citadas, que son precisamente el árbol y el parásito, á tenor de las ideas mitológicas, nos confirman en la idea de que la transcrita explicacion, que no tiene en su abono ninguna clase de observacion, puede ser fruto de antiguos relatos ó de tradiciones religiosas, siendo lícito pensar que en la edad más remota, con anterioridad á la dispersion de los Aryas, se creía que el *pramantha* así como producía el fuego en el *arani*, lo encendía tambien en la tempestuosa nube.» (Baudry).

Partiendo de estas reflexiones, cuyo fundamento ha de convenirse en que no es de lo más sólido y acreditado, explican los autores modernos los hechos esenciales del importante mito de Prometeo. Si el *pramantha* que el Titan personifica, dicen, da orígen al rayo se comprende que fuese concebido como una potestad maléfica cuyos delitos atraen la cólera de Zeus. Si el fuego que los hombres encendían en la tierra era para ellos un sér bienhechor, un dios amigo, aquel que, cayendo del cielo, lo devastaba y lo consumía todo á su paso, había de parecerles, por el contrario, un sér temible, una divinidad hostil. Era un genio funesto que hacía salir la llama del lugar en que estaba escondida, que se rebelaba contra los dioses sosegados y tranquilos, llenando su mansion con pavoroso estruendo. «Cuando su accion cesaba, cuando era contenido en su horrible tarea, suponíase que había sido cargado de cadenas en castigo de su crímen; y cuando transcurrido largo plazo manifestábase otra vez potente y estrepitoso, decíase que había alcandado libertad. Y ésta, en la leyenda griega, se la da el esfuerzo de Hércules, héroe solar cuya naturaleza ígnea se asemeja á la del Titan. Si las convulsiones del Prometeo encadenado van acompañadas de temblores de tierra y de trastornos en la naturaleza, tambien la fuerza del rayo comprimida en la nube conmueve el cielo y haría vacilar sus firmes colunas, si, como Prometeo, no fuese libertado de la cárcel que le mantenía cautivo. Así, pues, segun la tradicion reproducida por la leyenda griega, ha de mirarse en Prometeo la imágen de los espantosos efectos que produce el rayo.» (Decharme).

No lo consideraba así la poesía helénica, único monumento positivo que del mito ha llegado hasta nosotros. Para los Griegos no es Prometeo delincuente sino á los ojos de los dioses; en sus relaciones con la tierra es por el contrario un genio amigo del hombre, á quien inició en el conocimiento de las artes todas. Como si de aquel dia datara la vida de la humanidad considerábasele como prototipo del primer hombre, y esta idea pudo envolverse en las varias genealogías que, segun hemos visto, se le atribuyeron. Sus padres, el Titan Jafet y la oceánide Ásia, pudieron considerarse como personificaciones etnográficas de la raza que pobló á Europa y la dilatada region asiática; Climene, á quien algunas tradiciones le dan por madre, fué hija del Oceano, principio y orígen de todos los séres, segun una idea cosmogónica indicada por Homero; Esquilo lo hace nacer del seno de Temis, la cual, conforme explica el poeta, no es más que una forma de Gea. En tal sentido Prometeo puede considerarse como hijo de la Tierra, como el hombre primitivo, y esta tradicion se reproduce con algunas variantes en las comarcas todas de Grecia. Siguiendo la propia idea fué padre de Deucalion, para los Beocios tronco del linaje humano, ó esposo de Pirra, de la cual tuvo á Helen, padre de los Griegos. Prometeo, pues, en cierto sentido fué más que el prototipo del hombre, fué su generador, y esto se enlaza con la fábula que le hace modelar el cuerpo del primer hombre, así como Hefestos forma el de la primera mujer: potestad creadora del fuego que se explica á la vez que por la antigua asimilacion del alma humana con una centella celeste, por la imágen que en los Vedas se usa varias veces comparando la generacion de los hombres al acto de la produccion del fuego.

Esta parte de la fábula de Prometeo tiene alguna variante; algunas tradiciones le atribuían la formacion de la mujer lo mismo que la del hombre, y de ellas es expresion un antiguo bajo-relieve existente en el museo Capitolino. Representa á Prometeo modelando la primera mujer; una figura de hombre, no animada todavía, yace á los piés del escultor, á quien Mercurio presenta un alma, caracterizada por las alas de mariposa, que ha de

tomar por morada el cuerpo al que da Prometeo la última mano. Detras de Mercurio están las tres Parcas disponiéndose á hilar el destino de la nueva criatura. Un toro, un jumento y una liebre, colocados junto al escultor, corresponden á una tradicion segun la que al formar aquel el humano linaje mezcló á la tierra de que se sirvió las cualidades de varios animales.

Más elevada enseñanza que todo ello puede sacarse de la fábula de Prometeo, y esto vamos á intentar explicando tambien como concluyó el espantoso suplicio del culpable.

Sobre este asunto que ha excitado en todo tiempo la inspiracion poética y la sagacidad crítica, compuso Esquilo tres tragedias en cada una de las cuales representa una era de la humanidad, en Prometeo personificada. Titulábase la primera: *Prometeo robador del fuego,* la segunda *Prometeo encadenado,* y la tercera *Prometeo libertado.* Por desgracia únicamente han llegado hasta nosotros la segunda y algunos versos de la tercera; pero aún así reducido y rodeado de profundas tinieblas este monumento de las tradiciones helénicas despide vívidos destellos á cuya luz puede vislumbrarse el dogma cristiano entre las sombras de los siglos.

En él es Prometeo víctima de Zeus y en medio de su suplicio lanza contra su enemigo blasfemias y maldiciones. Preséntase en esto una mujer, la que, afligida tambien por cruel infortunio, participa de la piedad con que los espectadores (el Coro) miran al Titan encadenado. Esta mujer, conforme hemos visto al referir su leyenda, es Io, quien vaga errante por la tierra perseguida por el dardo de vengadora justicia; detiénese compasiva delante del triste reo, quien en aquel entónces, instado por la

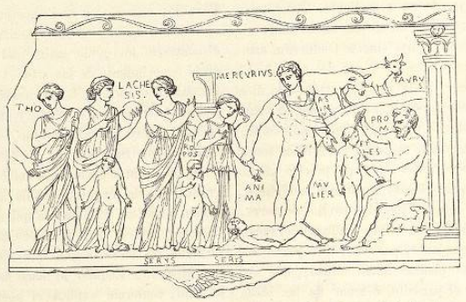

Fig. 465.—La fábula de Prometeo. (Sarcófago antiguo. Museo Capitolino).

curiosidad de los espectadores, se negaba á revelar el sentido de una profecía referente á su libertad. Su presencia inspira á Prometeo gran compasion por su suerte, tan conforme á la suya propia, y la afligida ninfa alcanza de él que por fin le manifieste la profecía de libertad que á uno y á otra concierne. Interviene entónces Mercurio pidiendo á Prometeo la explicacion de su amenaza á Zeus, y no alcanzándola, confirma contra Prometeo la sentencia de la divina justicia, á la cual no señala otro término que un oscuro y misterioso medio de satisfaccion.

Este es el cuadro de *Prometeo encadenado;* conforme hemos verificado en la leyenda de Io, citarémos de él algunos fragmentos.

«El Coro (dirigiéndose á Prometeo).—Horrible es tu destino; pero tu infortunio es debido á imprudente locura... No te abandones á la desesperacion; pronto, así me lo dicta la dulce esperanza, te verás libre de esas cadenas y volverás á ser igual á Zeus.

»Prometeo.—No, no es este el destino fijado por la inevitable Parca, ántes bien, viviré agobiado bajo innumerables males y tormentos. Hasta quedar consumado mi suplicio no recobraré la libertad: el arte puede muy poco comparado con la necesidad.

»El Coro.—Pero esa necesidad ¿quién la establece y determina?

»Prometeo.—La triple Parca, las Furias, de memoria infalible.

»El Coro.—¡Cómo! ¿Zeus es ménos fuerte que ellas?

»Prometeo.—Sí, ni al mismo Zeus es lícito evitar su destino.

»El Coro.—¿Cuál es, pues, el destino de Zeus?

»Prometeo.—No me lo preguntes.

»El Coro.—¿Tan tremendo es el arcano que en tí guardas?

»Prometeo.—No insistas más; no es llegada aún la hora de descubrir el misterio, y más que nunca es fuerza ocultarlo á los ojos de todos.»

En este estado preséntase Io, y Prometeo le profe-

tiza que de Zeus ha de nacer un hijo más fuerte que su padre; que un descendiente de Io ha de ser el libertador del Titan encadenado, y que Zeus ha de perder potestad y solio, cumpliéndose así las imprecaciones que contra él lanzó su padre Cronos cuando, viejo, hubo de abandonar el celeste trono. «No le librará el trueno de su irreparable ignominiosa derrota, dice Prometeo en su inspiracion profética, tan terrible será el adversario que ahora se está preparando á sí mismo. ¡Gigante indomable, hallará fuego más poderoso que el del rayo, voz más impetuosa que el estampido del trueno!... Al estrellarse en ese escollo conocerá Zeus al fin cuán distinto es el reinar ó el servir.

»El Coro.—A lo que creo, estás leyendo en tu propio deseo lo que te parece destino de Zeus.

»Prometeo.—Lo que digo es sencillamente lo que sucederá.

»El Coro.—¡Cómo! ¡Zeus obedeciendo á un señor! Imposible.

»Prometeo.—Pues esto será, y sobre Zeus pesará un suplicio más insoportable que el mio.»

Hermes, que entónces se presenta, no alcanzando del Titan la explicacion pedida, predícele á su vez la continuacion de su suplicio en estos términos:

«Ya el trueno y el encendido rayo se hallan preparados; estas ásperas cumbres caerán á pedazos quebrantadas por mi padre y tu cuerpo desaparecerá entre los triturados peñascos. Largo tiempo transcurrirá y volverás despues á la claridad del dia; pero el perro alado de Zeus, el águila carnicera, ávida de sangre, arrancará sin piedad pedazos de tu cuerpo, no invitado comensal que se saciará durante el dia con tu hígado, negro y sangriento manjar de aquel festin. Y tal suplicio no pienses que tenga término hasta que un dios se ofrezca para sustituirte en tus dolores y consienta en descender por tí léjos de la luz á la morada de Hades, á las tenebrosas profundidades del Tártaro.»

Esto es en su conjunto la tragedia de Esquilo, que lleva el nombre de *Prometeo encadenado;* lo primero que en ella sorprende es la oscuridad, la incoherencia y por decirlo en una palabra la deformidad de las partes que la componen, de lo que deducen los críticos que no quiso Esquilo hacer con ella una obra de su invencion, en la que habría puesto más artificio, más enlace, sino reunir los miembros esparcidos de la tradicion que mencionó ya Hesiodo, de la cual ni el mismo autor tendría perfecta inteligencia. Las reticencias de Prometeo no son otra cosa que poético recurso para disimular su propia ignorancia; lo más cierto es que dice cuanto sabe y tal como lo ha oido por remota tradicion. Así lo confiesa el poeta por boca de Prometeo: «Este es el oráculo que me ha revelado mi madre Temis, hija de los Titanes.»

No hay que suponer en esta escena un escondido designio, dice M. Augusto Nicolas, ni esperar por lo tanto hallar en la misma una solucion que explique y armonice exactamente todas las partes de que consta; el desórden y la oscuridad que la distinguen denotan á las claras que no todo es en ello verdadero ni todo inventado, sino más bien un confuso compuesto de uno y otro. Es una verdad engarzada en una fábula, y esta verdad no es otra que la expresada en el Génesis respecto de la promesa y la esperanza de un Libertador.

Prometeo, que quiso elevarse al igual de Júpiter, es condenado á horrible suplicio en el cual conserva sin embargo y alimenta aquella última esperanza; la desdichada Io participa del mismo destino, y de ella ha de descender el libertador comun. De Io, hecha fecunda por el mero contacto de la mano de Zeus, había de nacer un hijo cuyo nombre indicaría su milagroso orígen; por él había de quedar desarmada la divina justicia, irritado el hombre y derribado el enemigo del culpable Prometeo. Este enemigo caerá de su trono, y las imprecaciones contra él lanzadas quedarán cumplidas.

Para la debida inteligencia de este mito, ha de recordarse lo que al tratar de Júpiter hemos dicho, esto es que en la Mitología griega, y á su vez en el drama de Esquilo, Júpiter es concebido y representado bajo dos aspectos distintos: ora es la divinidad en su más alto punto religioso, la justicia suprema é inflexible que rige á hombres y á inmortales, ora es un usurpador y un tirano que se ha sentado por fuerza en el trono de Saturno, antiguo señor del cielo.

¿Quién fué, pues, el libertador de Prometeo? Segun un verso que nos ha quedado de la tercera tragedia de Esquilo, ó sea del *Prometeo libertado,* verso que nos ha sido conservado por Plutarco en la *Vida de Pompeyo,* el libertador había de ser «el adorado hijo de un padre enemigo.» Este hijo, segun Hesiodo, fué Hércules. «El esforzado hijo de Alcmeno, dice, dió muerte al buitre que roía las entrañas de Prometeo, y apartando tan cruel azote léjos del hijo de Jafet, le libertó de sus tormentos con consentimiento de Zeus, el poderoso monarca del Olimpo, quien quiso así que la gloria de Hércules, nacido en Tébas, se propagase por toda la tierra. De esta manera honró Zeus á su ilustre hijo, y aunque airado, depuso el resentimiento que contra Prometeo alimentaba por haber éste competido en sabiduría con el omnipotente hijo de Cronos.»

La fábula, comentando la tradicion primitiva, aplicó á Tetis y á su hijo la profecía del Titan. Júpiter á punto de enlazarse con aquella, libróse por el anuncio de Prometeo del infortunio profetizado. El gran culpable quedó libre y reconciliado al fin con Zeus por mediacion de Hércules; en señal de rehabilitacion era representado en la celeste morada ceñida la frente con corona de olivo; pero como memoria de la antigua culpa y del cruel castigo, y para que quedara cumplida la eterna sentencia hubo de llevar en el dedo un fragmento de la peña que le sirvió de patíbulo engarzado en un eslabon de su ca-

dena. Este, dicen algunos autores, fué el orígen de las sortijas.

En honor de Prometeo celebrábanse juegos en varias ciudades de Grecia, y de ellos formaban obligada parte las carreras con antorchas, llamadas *Lampadóforas*.

El sarcófago del museo Capitolino, del cual hemos representado una parte al explicar la formacion del hombre por Prometeo, ofrece en la otra la escena de su libertad. Hércules dispara una flecha contra el buitre que atormenta al Titan encadenado; la maza y la piel de leon están colocadas detras de él, á los piés del Cáucaso, personificado por un anciano de erizada cabellera, teniendo en una mano uno de los pinos que cubren la montaña y en la otra una serpiente, símbolo del genio de la tierra en que se verifica el drama. En el opuesto extremo vénse, como contraposicion á las escenas de vida del anterior bajo-relieve, una escena de muerte: tendido en el suelo hállase el cadáver de un hombre sobre cuyo pecho apoya un genio su inclinada antorcha; por ella en forma de mariposa, sube el alma, mientras que la sombra del difunto, representada por una gran figura velada, se levanta á sus piés. La parca Atropios está sentada y tiene en su falda el libro del destino; Mercurio, llevando en la mano el caduceo, acompaña á los infiernos el alma del difunto, y junto á él la Tierra, con el cuerno de la abundancia, dispónese á recibir los mortales despojos. Sobre esta fúnebre escena se cierne la Luna en carro tirado por dos caballos.

Como autor y padre del linaje humano considera tambien la MITOLOGÍA helénica á otro divino personaje no tan conocido como Prometeo, aunque la leyenda de uno y otro ofrezcan notables analogías. Este personaje llevaba por nombre FORONEO, héroe de un antiguo poema *(La Foroneide)*, desgraciadamente perdido para la edad presente. Su leyenda habíase localizado en Argólida, donde ardia en su altar perpétua llama, en memoria de haber

FIG. 466. — Castigo y libertad de Prometeo. (De un bajo-relieve antiguo).

sido el inventor del fuego. Amigo de los hombres, como Prometeo, habíales dotado con los beneficios de la vida social, reuniéndolos en una ciudad que llevaba su nombre. De él decíase igualmente haber sido el primer hombre ó el padre del linaje humano. Segun antigua genealogía, fué su padre el rio Inaco y su madre la ninfa Melia, personificacion, á lo que se dice, del *fresno*, de cuyo árbol salieron, segun Hesiodo, los hombres de la generacion de cobre. Es el fresno entre los Griegos lo que fué aquel *celeste árbol* comun á todas las mitologías de la raza Arya, cuyos antepasados, en los bosques que tuvieron por morada, créese que representaron el cielo como un árbol inmenso cuya copa se extendía sobre sus cabezas y á cuya sombra vivían. Daba este árbol un fruto ó inflamada rama, que era el rayo, y una ave divina que anidaba en su follaje, la arrancaba y la traía en su pico á la tierra. Foroneo, hijo de Melia, ó del celeste fresno, corresponde, pues, á creer á los autores naturalistas, á una idea quizas más antigua que la del *pramantha*, que llegó á ser el Prometeo griego: fué el ave que trajo el rayo del cielo á la tierra.

A la religion de los dioses del fuego y á la de Hefestos en particular, iba unida una categoría de misteriosos genios cuyo culto fué de muy antiguo propagado en las costas de Troya y en las islas del mar de Tracia, donde, ya en las épocas históricas, le vemos rodeado de tenebroso carácter y de extraordinario prestigio. Mucho han discurrido los autores acerca del significado de esos genios conocidos con el nombre de CABIROS, y sobre ellos nos han transmitido noticias muy diferentes, muy contradictorias, y sobre todo muy oscuras.

En cambio, varían poco en lo que toca á su genealogía; Herodoto, y copiándole, la mayor parte de mitólogos dicen que los Cabiros fueron hijos de Hefestos, habiendo tenido por madre á la ninfa CABIRA, hija de Proteo. Á ellos estaban especialmente consagradas las islas de Lemnos, de Imbros y de Samotracia, y sus moradores atribuíanles, conforme con el orígen de sus padres, relaciones á la vez que con el mar, personificado en Proteo, con el fuego volcánico de que es Hefestos divinidad primera. Una tradicion de la época en que fueron sus misterios establecidos en Beocia, atribuye á uno de los Cabiros el nombre de Prometeo y á su hijo el no ménos expresivo de Etneo, primitivos indicios, dice

Decharme, que permiten considerar á los Cabiros como antiguos genios de los volcanes de Tracia, los que, al hacerse preponderante en Lemnos la religion de Hefestos, se subordinaron á él y fueron tenidos por hijos suyos, de la misma manera que los Palicos sicilianos eran descendientes del dios del fuego y de la oceánide Etna.

Genios volcánicos procedentes de Frigia, los Cabiros se agrupaban en Lemnos alrededor de Hefestos, estando los santuarios del uno y de los otros en el mismo templo. Lo que los Cíclopes en Sicilia eran allí los Cabiros; «son, dijo Nonnos, poderosos por el fuego, y nacieron de la ninfa Tracia Cabira en su union con el celeste herrero.» En Tesalónica conservaron el propio carácter, y en las monedas de aquella ciudad se representa á un Cabiro llevando en la mano un martillo, emblema de su profesion.

Otro carácter tenían los Cabiros que al hacerlos semejantes á Prometeo, les coloca aún más en la esfera de las divinidades del fuego. Píndaro cita al Cabiro nacido de la santa Lemnos entre los personajes á quienes las varias regiones de Grecia tenían por el progenitor del linaje humano, y como á tal le coloca junto á los curetas cretenses, á los coribantes frigios, al gigante Alcioneo y al Arcadio Pelasgos. Como Prometeo, fué el Cabiro de que nos habló Píndaro, segun las tradiciones de Lemnos, el prototipo del hombre primitivo, nacido del seno de la tierra, y de ahí que, al igual del Titan, se le mirase como al generador de la especie. Consta, en efecto, entre las escasas noticias que de los sombríos misterios cabíricos se tienen, que un personaje llevando el nombre de ADAMAS representaba en ellos el papel de hombre modelo, del primer varon del humano linaje, y á este órden de ideas pertenecieron quizas las obscenas ceremonias que tan famosos los hicieron.

Considerados en su naturaleza esencial los Cabiros volcánicos, ejerciendo su accion en las profundidades del Oceano ó en las entrañas de la tierra, hubieron de ser y fueron divinidades de los metales, atribuyéndoles haber sido los que enseñaron á los hombres el arte de trabajarlos. Productos de la tierra no ménos maravillosos que el trigo, que la vegetacion primaveral y que la vid, quizas por esto la religion de los Cabiros tenía estrecho parentesco con la de Demeter, Perséfona y Dionysos, mostrando los lazos que unían á los genios volcánicos y metalúrgicos con las otras divinidades de la tierra.

En Beocia, país minero cuyo hierro gozó de gran fama en la antigüedad, estaba asociado el culto de los divinos artífices de los metales con el de los principales dioses de la produccion y vegetacion terrestre, y esta relacion puede explicar cómo los Cabiros llegaron á ser confundidos con otros séres divinos de orígen bien distinto por tener todos la propiedad comun de ser genios de la tierra; así sucedió con los Dáctilos, los Coribantes y los Curetas que en Frigia y en Creta se agrupaban alrededor de Rea-Cibeles, al igual que en Samotracia y en Beocia formaban los Cabiros el acompañamiento de Demeter. Tambien los Dioscuros, en las creencias de los insulares del mar Egeo, se confundieron con los Cabiros, y esto pudo ser porque su primitivo carácter sideral los asemejaba á la naturaleza ígnea de los dioses de Lemnos, y tambien porque el fenómeno eléctrico del fuego de Santelmo, considerado por los marinos como señal de su presencia, parecía reconocer igual flamígero orígen que el fuego de los volcanes submarinos. «El nombre de Dioscuro significa *hijo de Dios*, é hijos de Sydyk, título del dios supremo equivalente al de Justo, fueron los Cabiros en la MITOLOGÍA fenicia.» (M. DARMESTETER).

Pero sea lo que fuere de estas variadas hipótesis, es indudable que el culto de los misteriosos Cabiros fué importado á Grecia desde las regiones orientales, de Fenicia, dicen unos, de Egipto creen otros, no faltando quien lo considere como puramente pelásgico. Dícese tambien que emanadas de la India, al par que las demas ideas religiosas que dominaron en el Ásia meridional, las bases del sistema cabírico adquirieron mayor importancia en las regiones occidentales adoradoras del fuego, como Babilonia, Caldea y Siria; que las ciudades fenicias acogieron despues y desenvolvieron el misterioso culto; que pasó éste á Egipto, y por el Ida y el Peloponeso llegó á Grecia, pasando sucesivamente á Tébas y á otras comarcas. Desde entónces, bajo formas diversas, la religion de los Cabiros se extendió á todos los países poblados por Pelasgos y más léjos todavía. Troya los adoró; adoptáronlos Megara y Esparta; en la Italia antigua obsérvanse infinitos vestigios de su culto; de él hállanse vestigios en Malta y en Cartago, y hasta entre los pueblos celtas de Galia é Irlanda. Roma, victoriosa del mundo, prestó homenaje á la santidad de Samotracia, centro de la religion cabírica, otorgándole la autonomía, y cuenta Tácito que Germánico proyectaba hacerse iniciar en los misterios de la venerada isla cuando ocurrió su muerte.

Pocas eran, en efecto, las divinidades que cual los Cabiros despertasen tanto terror y veneracion en el ánimo de sus adoradores. Quien se atrevía á profanar uno de sus santuarios era imposible que dejase de expiar con la muerte su delito. Tomada Tébas por Alejandro, decíase que algunos soldados que se atrevieron á penetrar en el temido templo, quedaron todos calcinados por el rayo; de los guerreros de Mardonio se contaba un suceso igual; los marinos y otras personas de agitada existencia no dejaban nunca en peligrosos trances de invocar á los Cabiros y ofrecerles votos, y el juramento por los dioses de Samotracia, áun en la última época del imperio de Roma, pasaba por uno de los más terribles y sagrados, siendo condenado quien á él faltase á la execracion universal.

Siete eran los Cabiros á creer al mayor número de autores; segun algunos fueron únicamente seis; tres

varones y tres hembras; pero de todos modos la base de aquella religion fué la trilogía divina de séres cuyos nombres, únicamente revelados á los inciados, eran Axieros, Axiokersa y Axioquersos. «Á proporcion que se multiplican los conocimientos y que nuestra vista se extiende á más distancia por entre las tinieblas de las edades pasadas, háse dicho recientemente en una Academia de Paris tratando de estas divinidades, mas la idea de la trinidad divina se nos presenta como la más antigua entre todas y la más universalmente recibida. Hállase en todas las religiones de Oriente, constituía la esencia de la doctrina guardada en los santuarios de Egipto, vémosla en Asiria, Siria, Frigia, en toda el Asia Menor, en Macedonia, en Tracia y en el Atica, siendo como el fundamento de todos los dogmas, de cuantos ritos y símbolos constituyen los misterios paganos, misterios que son á nuestros ojos los restos indestructibles, aunque alterados, de una religion primitiva y única sin duda, que merced al secreto pudo subsistir junto á las religiones nacionales. La idea trinitaria de Dios encuéntrase, pues, en todas las religiones misteriosas adoptadas en Grecia, de las que fueron modelos la trinidad Eleusina y la pelásgica de los Cabiros de Samotracia.» (M. F. Delaunay).

Esta isla, centro y metrópoli de la religion cabírica, está situada al norte del Archipiélago, á poca distancia de las bocas del Hebro y á unas doce leguas de Enos, reducida poblacion de Tracia, en la cual se embarcan generalmente los que á aquella se dirigen. Al mirar su imponente aspecto concíbese la impresion sombría que hubo de causar á los antiguos navegantes: como si fuese una montaña salida del mar de un solo golpe únicamente el sacro monte Athos levanta sobre la suya la cumbre. Sus laderas están cubiertas de arbolado, y no viviendo en las costas poblacion alguna pudo tomársela por desierta isla. Yacen en ella las ruinas de la antigua ciudad de Samotracia, la que ocupaba en la ribera del mar una especie de anfiteatro cerrado al oeste desde la cumbre hasta la orilla por un muro ciclópeo de extension de más de media legua: aquella fué la fortaleza de los Coribantes, de que hablaron Prisciano y Licofronte. Si desde este recinto se avanza por el valle vése el suelo cubierto de ruinas entapizadas por vigorosa vegetacion, y entre los edificios que cada dia van saliendo á luz por efecto de las excavaciones practicadas, sólo uno se ha considerado anterior á la época macedónica; los demas datan de los sucesores de Alejandro, en cuyo tiempo el antiguo santuario de los Cabiros sería sin duda renovado por la piedad de los príncipes egipcios, reemplazando con nuevos edificios aquellos en que antiguos colegios de sacerdotes habían dictado oráculos y celebrado misterios. Hánse encontrado las ruinas de un inmenso edificio de forma circular destruido por el tiempo ó por los terremotos, del que se cree haber servido para las iniciaciones; y á él, á aquel santuario, famoso en el mundo antiguo, acudíase en peregrinacion desde los más apartados países, habiéndose celebrado en su recinto los misterios que competían en renombre con los Eleusinos.

La iniciacion, conforme expresan las inscripciones conmemorativas, no tenía, como en éstos, época determinada, sino que indirectamente se verificaba durante los meses de estío, desde mayo hasta setiembre. En aquella tierra sagrada las fiestas religiosas sólo cesaban en la estacion de invierno, en que la violencia de los vientos hacía y hace aún inabordable la isla.

Poco, poquísimo es lo que de esos misterios, cuya fundacion data de lo más oscuro de los tiempos heróicos, se sabe; el secreto de los mismos fué escrupulosamente guardado, llegando sólo hasta nosotros los nombres algo bárbaros de las tres divinidades principales, y algunas escasas noticias acerca de las ceremonias en ellos usadas. El gran sacerdote era apellidado Coes; la organizacion y jerarquía de los iniciados constaba, á lo que se cree, de tres grados, ya que el número tres era base constante del sistema. Consistía el primer grado de iniciacion en el de simple asistente ó servidor con el nombre de Cadmilo; á él se llegaba por medio de una confesion al Coes, y á ella seguían sacrificios expiatorios y purificaciones. A lo que parece, no bastaba confesarlos para alcanzar perdon de toda clase de delitos; algunos muy enormes habían de someterse á un tribunal que podía hasta pronunciar pena de muerte. La última ceremonia con la cual quedaba completada la santificacion, despues de pruebas más ó ménos terribles, tenía por nombre *Thronismo*, ó sea entronizacion. El neófito, coronado con ramas de olivo, cruzado el pecho con una banda de púrpura, cubierta la frente con un velo del mismo color, era colocado en elevado trono, y allí rodeábanle los demas iniciados, ejecutando, cogidos de la mano, simbólicas danzas y entonando himnos. Los iniciados conservaban la banda toda su vida como precioso talisman, y cuéntase de Agamenon que con ella logró apaciguar un motin de sus soldados, tanta era la veneracion que inspiraba.

Casi todos los héroes griegos estuvieron iniciados en aquellos misterios: Orfeo, Ulises, Aquiles y otros ciñeron su frente con el simbólico velo, y á juzgar por una alusion de Aristófanes, hubieron tales ritos de estar en gran predicamento al estallar la guerra del Peloponeso; á su apogeo, sin embargo, llegaron en la época macedónica. En Samotracia, donde había ido para ser iniciado, vió Filipo por primera vez á Olympias, y aunque muy niña, empezó á sentir por ella amor, por lo cual el nacimiento de Alejandro Magno puede en cierta manera considerarse relacionado con las cabíricas ceremonias. A aquella iniciacion eran admitidos mujeres y niños.

Uno de los templos de Samotracia llevaba el nombre de Arsinoe, princesa egipcia, á quien se atribuye su fundacion; hija de Ptolomeo I, había buscado en Samotracia contra Ptolomeo Cerauno, matador de sus hijos, un asilo al que no podian llegar los asesinos. Tambien en la isla se refugió Perseo, último rey de Macedonia, despues de ser vencido por los Romanos, y háse observado, en corroboracion de lo ántes dicho, que los poetas y mitógrafos que con más pormenores hablaron de Samotracia y de las divinidades cabíricas pertenecieron todos á la época macedónica ó de Alejandro.

A la estirpe de los Cabiros estaba unida con estrecho parentesco la de los Telchinos; la semejanza de las comarcas en que sus respectivas leyendas se desenvolvieron fué, á lo que se cree, causa de las notables analogías que entre sí presentan una y otra. Como Lemnos y Samotracia, Rodas, patria de los Telchinos, es una isla de formacion volcánica; el recuerdo de los trastornos que la habían producido, estaba vivo en las tradiciones griegas, y referíase cómo había salido á la superficie del mar y cómo fué despues precipitada por la cólera de Zeus con los Telchinos que la habitaban, en el húmedo imperio de su hermano. En las épocas históricas agitábanla, como sucede aún hoy, frecuentes terremotos cuyos estragos mostraban la actividad y fuerza del subterráneo fuego que en ella se alimenta, y estos fenómenos, al decir de los mitólogos naturalistas, explican en casi todos sus episodios la leyenda de los Telchinos. Las genealogías míticas hácenlos hijos de Thalassa, esto es, el mar, de Poseidon y tambien de Helios, si bien generalmente eran tenidos por originarios de las olas. Decía una variante de esta leyenda que los Telchinos habían criado al tierno Poseidon que les fuera confiado en depósito por Rea, ayudándoles en ello la oceánide Cafeira, cuyo nombre es semejante al de la madre de los Cabiros. A imitacion de los séres creados por Hefestos y Prometeo, y tambien de los Cabiros, considerábase á los Telchinos como primeros moradores de la comarca en que su religion fué establecida. Por lo general, se les tenía por genios del fuego, y créese haber debido su orígen á influencias análogas á las que presidieron á la creacion de los Cabiros, queriéndose ver en las fábulas á ellos referentes la impresion producida en la fantasía popular por las explosiones volcánicas, fuerza misteriosa de que eran los Telchinos maléficos autores.

Considerados como divinidades para la humanidad benéficas, de ellos derivaban inventos y trabajos metalúrgicos, fuente fecunda de riqueza; misteriosos genios que presidian á los comienzos de la humana industria, eran representados en varias tradiciones como los primeros fundadores del culto y los entendidos inventores de las artes, y se les atribuían la extraccion y manipulacion del cobre y del hierro, la conversion de informes é impuros minerales en homogéneas masas, en utensilios é instrumentos de gran utilidad. Ellos fueron los que labraron las primeras estatuas de los inmortales, los que fabricaron la hoz de Saturno y el tridente de Neptuno, y á querer penetrar como tantos autores en el oscuro campo de la hipótesis, podría hallarse relacion entre las famosas y antiquísimas obras ciclópeas del Peloponeso y la permanencia de los Telchinos en aquella península. Hábiles y atrevidos navegantes predecían con rara habilidad, en vista de ciertos fenómenos naturales y en especial observando los movimientos de los acuáticos moradores, los tiempos propicios ó funestos.

Todo esto á tenor de las primitivas tradiciones; mas luego que prevalecieron sobre ellas las leyendas puramente helénicas pasaron los Telchinos en la poesía y en los mitos á ser mirados como séres funestos y terribles. Como *encantadores* los representaban las supersticiones populares de la isla de Rodas: á su capricho atraían las nubes y las lluvias, y llamaban á la tierra la nieve y el granizo. Ocupados en confeccionar perjudiciales hechizos ejercían en los hombres y las plantas maléfica fascinacion; sobre los tiernos arbolillos vertían las sulfurosas aguas de la Estigia ocasionándoles la muerte; á su autojo desfallecían los animales, y en Sicyone ocasionaron la muerte del príncipe Apis. Hasta la medicina convertíase en sus manos en pérfido instrumento, y no había preparacion suya que no fuera mortífero brevaje. Ejerciendo su accion en el cielo, en la tierra y en la mar, á la vez que provocaban todas las transformaciones y cataclismos atmosféricos, eran concebidos como séres anfibios, careciendo algunos de ellos de manos y piés y teniendo en su lugar aletas para vivir en las aguas. El mágico poderío de sus sortilegios extendíase, en una palabra, sobre la naturaleza entera.

Sicyone, llamada ántes Telchinia, hubo de ser por ellos evacuada sin que les valiera la muerte dada á Apis, hijo de Foroneo, quien, á la cabeza de los hijos de Inacho, les arrebató aquella ciudad ó la region á ella inmediata; la antigua preeminencia de los Telchinos en el Peloponeso pasó entónces á las colonias fenicias, buscando aquellos un asilo en Creta, despues en Chipre y finalmente en Rodas, donde tampoco, segun la fábula, pudieron hallar pacífica morada. En efecto, referíase allí la leyenda de la lucha entre Titanes y Telchinos, disputándoles ademas la posesion del país Trinax, Macares y el brillante Auges, hijos de Helios, primeros moradores. Los Titanes perecieron sumergidos por una inundacion ó diluvio parcial que los Telchinos más entendidos y sabios llamaron ó tuvieron la suerte de prever, y de él se libraron tomando tierra en el continente. Entónces quedaron los Heliades dueños del territorio, y pudieron establecer en Rodas la religion de Helios ó el Sol. De esta manera, á creer á los autores naturalistas, la accion funesta de los fuegos volcánicos se hallaba contrapuesta al benéfico influjo del fuego solar, y así fué como la victoria alcanzada por los hijos de este dios indicó el momento en que se consideraron apagados los volcanes de la isla y conjurados los graves temores de que eran orígen. Tradiciones había que representaban á los Telchinos muertos, como los Flegyos, por las saetas del dios Febo.

Esto, no obstante, conserváronse en un templo de la